

José de VIERA Y CLAVIJO: *Diario de viaje a La Mancha*. Edición, introducción y notas de Victoria Galván González. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea, 2012. 225 pp.¹

En los dos últimos años, por diversas razones y azares, he tenido oportunidad de vincular estrechamente el nombre de José de Viera y Clavijo (1731-1813) —figura prominente de la Ilustración de dilatada trayectoria y aquilatado saber discursivo promotor también de dos novelas y de otros testimonios viatorios— con el de Victoria Galván González, relevante estudiosa de aquel período. Fue Comisaria —junto con Yolanda Arencibia y Juan José Laforet— de una magnífica exposición patrocinada por el Cabildo Insular de Gran Canaria, depositario público de algunos de los documentos expuestos así como de un excelente retrato a buril del polígrafo firmado por Isidro Carnicero, que visité en el transcurso del último congreso internacional galdosiano. Ubicados ambos, la exposición y el congreso, en la misma sede de la Casa.Museo Pérez Galdós, en la calle Cano de Las Palmas, aquella muestra dio a la luz obras manuscritas, en su mayor parte, del sabio tinerfeño nacido en el Realejo Alto, como el poema *Los meses*, imitación de *Les mois* de Roucher, las octavas de *El Nuevo Can Mayor*, o algunas de sus traducciones, sobre todo de obras francesas, como *La Henriada* —versión de los alejandrinos de Voltaire en loor de Henri IV que no pudo conocer por cierto Pedro Bazán de Mendoza, «un Ulloa de principios del siglo [XIX]», el no siempre bien identificado tío afrancesado del abuelo paterno de Emilia Pardo Bazán que también la emprendió, puesta en verso español, y, a diferencia de Viera, llegó a publicarla, como el narrador de *Los Pazos de Ulloa* evoca en el capítulo IV, el del escrutinio del archivo; siendo esta la primera traducción al español publicada, en Alès, Francia, en 1816, del texto volteriano, como ha estudiado Lafarga—.

Pero la exposición también acogió ejemplares de otras obras de Viera y Clavijo, como *La Religión*, *El Amador de los campos* o *Las costumbres y las leyes humanas*, además de un tratado de materia eclesiástica, textos científicos o técnicos como el *Tratado de las fumigaciones* o la *Carta sobre la aurora boreal*. En su momento así lo plasmó el texto de la misma Victoria Galván que acompañaba al precioso folleto de la exposición «Bicentenario de José de Viera y Clavijo (1731-1813) en Gran Canaria. Bajo el signo de la Ilustración». De la Catedral de Santa Ana tomó prestado el manuscrito original del *Diccionario de Historia Natural*, obra de largo aliento en la que su autor supo poner en práctica los conocimientos derivados de su contacto con la naturaleza canaria y de su aplicado estudio de las ciencias incrementado en las aulas parisinas de Sigaud de La Fond. En París Viera había conocido a D'Alembert y a su admirado Voltaire, recuerda Galván en la p. 20 de este libro.

¹ Forma parte de las *Obras completas* de Viera y Clavijo dirigidas por Rafael Padrón.

Se exhibieron también en 2013, entre objetos personales, diversos impresos del autor procedentes de El Museo Canario y de muy heterogéneo espectro, a saber, ejemplares de sus diarios de viajes europeos, el referido a Francia y Flandes, de sus *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, el *Elogio de Felipe V*, o en la misma línea panegírica de los Borbones que propiciaron el proyecto ilustrado, la *Oración fúnebre por Carlos III*.

Fue el impacto de la lectura de la obra de Benito Jerónimo Feijoo y, en su estela, de autores franceses e ingleses, el que condujo a Viera a cobrar conciencia de lo imperativo de la renovación del pensamiento, vale decir, de implementar un nuevo modo de expresión cognitiva que afectase tanto a la oratoria sagrada —fueron los suyos sermones de otro jaez y muy otra su posición respecto de las órdenes regulares, véase el rechazo de los padres garañones en el texto— como a los ámbitos del escolasticismo aún vigente, o de la ciencia, tan anquilosados a la sazón. Movido por un espíritu en el que alientan el optimismo ilustrado, la confianza en las capacidades del discurso didáctico y el afán de proyección de ese saber experimental, Viera diversificó los modos de promoverlo y practicó una suerte de sociabilidad netamente dieciochesca en su frecuentación de la dinámica tertulia de Nava en La Laguna en los años sesenta. Su adhesión a los nuevos parámetros de la escritura historiográfica, derivados de ese cambio de paradigma que la Ilustración propició, es ostensible en la magna erección de una historia moderna de las Islas, motivo por el cual se trasladó a Madrid en 1770, como recuerda Galván en el folleto arriba mencionado, al objeto de verificar su impresión, que acabaría en 1780, en cuatro tomos. En su calidad de ayo o preceptor, de 1770 a 1784, del hijo del marqués de Santa Cruz, el marqués del Viso, habría de ponderar los resultados de su labor pedagógica, función recurrente en la mentalidad ilustrada, eje de la escritura literaria del Setecientos que le llevaría a escribir los *Memoriales del Síndico Personero* (1764) o a fundar el colegio de San Marcial del Rubicón.

Especialmente citado, aunque no le fuese ajeno del todo el estro postbarroco, por sus poemas didascálicos, en especial por el dedicado a tratar los *fluidos aeriformes* de la física moderna y a cómo aislar los gases comunes, con la mediación de un seudónimo, Diego Díaz Monasterio, y protagonizado por Joseph Priestley, el descubridor del oxígeno, el titulado *Los aires fijos*, de 1780, también firmó *Los cometas*, con seudónimo hartamente elocuente —Anacleto Cambeleng, Leal y Gaviria—, y que es un poema heroico en un canto dedicado a los niños, en 132 versos, en que el protagonista es Benjamin Franklin, el moderno Prometeo, y *Las Bodas de las plantas*. Consagraría los últimos años, vividos ya en su tierra, entre 1784 y la fecha de su fallecimiento, en 1813, a la activa publicación de varias obras. En la recién adquirida imprenta de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria, instaurada en 1800, publicará su *Librito de la doctrina rural* y varias de sus memorias analíticas.

Viajero apodémico por Italia, Francia, Alemania y Flandes, Viera y Clavijo, al que no hay que confundir con su también ilustre y casi homónimo primo José Clavijo y Fajardo, transitó los caminos españoles con igual fruto y constancia, como demuestra su *Viaje a La Mancha* tan pulcramente editado por Victoria Galván. La obra, que nunca tuvo continuación en el proyectado viaje a Cádiz que su autor confesó al final de la misma querer hacer, está antecedida de una caudalosa Introducción en dieciséis epígrafes en que Galván González va desgranando la circunstancia de la vida madrileña de Viera y Clavijo y el contexto

del *Diario* en el género del híbrido «libro de viajes» acuñado por Carrizo Rueda que el autor practicará después en relación con Europa y que es susceptible de abarcarlo e incluso contradecirlo o servirle de contraste («Si leemos sus cartas [complemento indispensable de sus diarios], podemos constatar cómo el efecto de su experiencia europea suscitó un entusiasmo que no se pone de manifiesto en el viaje español», «Castilla la Vieja, la chocha, la decrepita», pp. 17-8). La editora pone en relación este texto con los viajes de españoles por España, con las características del viaje ilustrado, con el caso inverso de los viajeros extranjeros por España, con la precariedad de los medios de locomoción y de las comunicaciones —el incipiente trazado de una red de carreteras, siguiendo un dispositivo radial a mediados de siglo, es citado en p. 45— a la altura de 1774, su fecha, y, en fin, con la presencia axial del *Quijote* en su pergeño literario. Pero Victoria Galván tampoco desatiende otros factores tan capitales para comprender esta obra como el análisis de la ruta seguida, el estudio demorado propiamente dicho de la obra, el mundo representado en la misma, la crítica suscitada por la publicación y la historia misma del texto, amén de la justificación de la edición presente. No olvidemos que la que Alejandro Cioranescu preparó en 1976 fue también una edición tinerfeña. Le había precedido con la suya Morel-Fatio en 1890, y existe ahora una edición electrónica de 1995 a cargo de Romera Almagro y su taller de alumnos. Una bibliografía, específica del autor y de su faceta viajera, se ofrece al término de las páginas introductorias, páginas que ocupan más de la mitad del libro.

Como garantía de su rigor filológico, y teniendo en cuenta el cotejo con las ediciones mencionadas, Victoria Galván transcribe los veinte folios del breve manuscrito autógrafo del *Viage a La Mancha en el año 1774. Adición a la Historia General de Viages que sale en el Diario de Madrid*. Es de notar que ese vestigio documental solo se encuentra en la Bibliothèque Nationale de Francia, sin las ilustraciones de Carnicero, que sí habrían estado, junto con el manuscrito, en casa del marqués de Santa Cruz tiempo atrás, si bien no queda hoy rastro ni de unas ni de otro en el archivo de dicha casa. ¿Cómo habrán ido a parar a París? ¿Es ese manuscrito diverso del que atesoró el marqués de Santa Cruz sin que pudiera conservarse en su patrimonio? No son estas preguntas que plantee Victoria Galván, quien deplora la pérdida de los dibujos.

A lo largo de un mes, del 9 de septiembre al 9 de octubre de 1774, Viera va anotando los pormenores de su recorrido, supeditando la narración a la descripción y a las cuestiones pragmáticas, que adquieren un relieve inusitado, frente a otras tipologías textuales (p. 29). La obra participa del estatus de encargo hecho por su mentor, el referido marqués; hay un diseño previo de objetivos, un guion, que cede a veces el tono programático a la expansión cervantina, expediente omnipresente del margen de libertad que el escritor se otorga, algo que por cierto ya habían sabido incardinar antes el padre Sarmiento y Ponz. Galván acierta al decantar los procedimientos retóricos y estilísticos que sazonan este diario viatorio de un narrador testigo, tales como la *imagología* y la *descriptio*, pero también la presencia de la intertextualidad.

El siglo del *Grand Tour*, que no incluía España en el circuito, el siglo que hace del viaje un medio principal de educación de los vástagos de las familias de nobles, es también una centuria en la que se imprimen guías de viaje, como ha estudiado Ortas Durand, y en que proliferan los casos de escritores como Tomás de Iriarte, con su *Viaje a la Alcarria*,

Jovellanos o el padre Flórez, por no citar de nuevo a Antonio Ponz, que echan su cuarto a espadas en este modo de irradiación de la cultura y el conocimiento, de las nuevas luces, que es el viaje. Comparte Viera, como no podía ser menos, los impulsos reformistas que cuajaron en la manera de enjuiciar su periplo español que mostraron viajeros extranjeros como los que Galván González trae a colación en p. 53, antecedentes inmediatos de los que forjarán los *topoi* costumbristas decimonónicos: Edward Clarke, Giuseppe Baretti, William Dalrymple, Alexander Jardine, Henry Swinburne, Joseph Townsed, Richard Twiss o Arthur Young. Muy interesantes son las páginas de Galván destinadas a identificar la marca de aguas cervantina en un tiempo en el que, como ha estudiado Álvarez Barrientos en un lúcido opúsculo, se empieza a erigir el monumento canónico: la biografía del autor alcalaíno de Mayans y Siscar de 1737, los trabajos de Martín Sarmiento y sobre todo la edición de la Real Academia Española de 1780, con prólogo de Vicente de los Ríos, van a impregnar de resonancias distorsionadoras al tiempo que iluminadoras el tono narrativo de ese contraste entre ilusión y realidad tan operativo en el *Viaje* y fundamento de su arquitectura narrativa (p. 59). A juicio de la editora y estudiosa de la obra, «nuestro diario es un texto didáctico-ensayístico encajado en una novela cómica y paródica de la realidad histórica manchega» (*ibid.*). La comicidad festiva, los almuerzos y colaciones, el segundo grado de realidad, la risa, la riqueza visual... van pautando todo el itinerario desde Madrid a Aranjuez con destino a Valdepeñas, siguiendo el camino de Ocaña —el alto en Tembleque sirve para enumerar la Real Fábrica del Salitre, la casa del Indiano, el riego de las calles o la iglesia gótica— hacia La Mancha. Como recuerda Galván, fue laboriosa la gestión de La Mancha como entidad administrativa y data de 1691, cuando se segregó de la provincia de Toledo como nueva provincia. Camuñas, Puerto Lápice, Villarta, Valdepeñas, Santa Cruz de Mudela, El Viso, hasta llegar a las estribaciones de Sierra Morena, son etapas de ese camino, lugares visitados.

Estamos ante un texto que su autor compuso en dos partes destinado a su auspiciador, el marqués de Santa Cruz. Fue pergeñado después de producido el viaje y, como atinadamente apunta Galván, «no puede dejar de tomarse en consideración su deseo de ser leído por un público más amplio, que ha de sujetarse a las expectativas diseñadas por el viaje en clave ilustrada» (p. 81). Asimismo, Viera pretende que la visión objetiva del país pueda corregir o matizar la que entonces preponderaba y era de foránea procedencia. Esta es una larga obsesión setecentista que admite grados diversos, más o menos polemizadores. No olvidemos la tormenta que desata Masson de Morvilliers. De manera ágil y amena, sin prescindir del discurso directo, ni de la nota costumbrista chispeante y viva, Viera logra alcanzar su meta. La música, tan presente en esa «Arcadia tardía», en palabras de Fabbri que Galván recuerda en p. 115, incluye la ópera española y la seguidilla musicada y bailada, pero también nos topamos con la caza, el jolgorio y la risa —la identificación de la bodega con la biblioteca real en Valdepeñas y que la sala de libros prohibidos, el infierno, sea la sala del aguardiente a ella contribuyen— y con la fiesta, en suma. La bulla, las agujetas, la corrida de liebres, la lluvia surgen para darnos el latido de un testimonio aún vívido.

Muy cuidadosa en la transcripción y estudio, esta edición no se resiente de erratas dignas de nota (solo se entromete alguna, leve, en pp. 24, 26, 32, 34, 40, 50, 56, 59, 60, 61, 62, 70, 85, 109, 115, 140 n. 6, 141 n. 9, 181 n. 129, 183 n. 136, 194 n. 4, 208 n. 30). No

podemos, pues, sino saludar con gratitud y reconocimiento esta edición de una de las obras menos conocidas de Viera a cargo de Victoria Galván González, perseverante en el estudio analítico —ya en 2004 había aparecido un trabajo suyo dedicado a su conterráneo—, valiosa sin duda por la depuración textual de Viera y Clavijo, y por la paciente y minuciosa anotación de los lugares del *Viaje a La Mancha* cuya explicación, a veces algo erudita, el lector atento y cabal sabrá sin duda ponderar.

Cristina PATIÑO EIRÍN
Universidade de Santiago de Compostela. Campus de Lugo